

ANTONIO CAZORLA



FRANCISCO

BIOGRAFÍA DEL MITO

ALIANZA EDITORIAL

ANTONIO CAZORLA SÁNCHEZ

FRANCO.
Biografía del mito

Índice

Agradecimientos

Introducción. Una biografía distinta

1. Héroe militar, 1912-1936

Fortunas africanas

¡Tantos héroes!

Botines de guerra

General republicano

Conspirador

2. Salvador de España, 1936-1939

Una guerra traumática

La construcción del mito

Hagiografías

Visto desde el extranjero

3. Hombre de paz, 1939-1947

Los significados de la Victoria

Una paz precaria

Una anomalía de posguerra

Dueño del presente y del pasado

4. Gobernante prudente, 1947-1961

El anticomunista solitario

El buen dictador

Palabras sin futuro

Nuevas hagiografías

Veinte años de paz

5. Modernizador, 1961-1975

Veinticinco Años de Paz

El canon final

Un gobernante satisfecho

La dictadura, retada

Muerte

6. Memoria, 1975-2014

Transiciones

Historiadores

Valores comunes, memorias divididas

Bibliografía

Archivo fotográfico

Créditos

AGRADECIMIENTOS

La investigación para hacer este libro fue posible gracias a una generosa ayuda financiera del Social Sciences and Humanities Research Council of Canada. Los archiveros del Archivo General de la Administración, de la Fundación Francisco Franco y del Palacio Real siempre se mostraron amables conmigo y su ayuda fue crucial para mi investigación. Los editores de Routledge y de Alianza Editorial fueron también muy pacientes con mis retrasos a la hora de entregar los manuscritos. Robert Pierce leyó los primeros borradores e hizo valiosas observaciones. Cristina Castrillo me dio ánimos cuando más los necesitaba. Paulette Bak, Julio de la Cueva, Antonio Laserna, Robie Loomer, Ryan Perks, Óscar Rodríguez, Sofía Rodríguez, Adrian Shubert, Antonio Vargas y otros amigos me ayudaron mucho y, además, me forzaron a ser claro y conciso. María y Antonio siempre han sido la mejor fuente de información sobre qué es vivir bajo una dictadura. Céline, Mélina, Yasmín y Sofía son la inspiración de este libro, y de todo lo demás.

Nota sobre la traducción

Este libro, más que traducción, es una versión corregida, actualizada y ampliada hecha por mí, el autor, de *Franco. The Biography of the Myth* (Routledge, 2014). He aprovechado esta oportunidad para incluir, principalmente en los capítulos 1 y 2, las notas y algunos de los textos que, por recomendación del editor, hube de dejar fuera de la edición inglesa original; y para corregir algunos errores que detecté en esa misma edición con posterioridad a su publi-

cación. Por supuesto, esos errores, y los que ahora se produzcan, son mi responsabilidad exclusiva.

INTRODUCCIÓN

UNA BIOGRAFÍA DISTINTA

En su momento, fue un hecho trivial. En 1912, un joven y ambicioso oficial, Francisco Franco Bahamonde (1892-1975), fue a la guerra de Marruecos. Veinticuatro años más tarde, en los primeros momentos de nuestra horrenda guerra civil, en julio de 1936, el ya general de división se convirtió en jefe del ejército colonial, al que trasladó a la Península para destruir a la República. Así comenzó Franco su rápido ascenso personal hacia el poder absoluto. En apenas unos meses, se convirtió en jefe de todos los ejércitos rebeldes y del naciente Nuevo Estado, y en Caudillo o supuesto líder, carismático y anhelado, de España. Cuando acabó la guerra, en marzo de 1939, Franco se había erigido dictador, pero centenares de miles de españoles habían muerto, se habían exiliado o estaban en la cárcel y, millones más, habían vivido las experiencias más traumáticas de sus vidas. Contra pronóstico, Franco se mantuvo en el poder treinta y seis años más. Murió en una cama de hospital en noviembre de 1975.

La vida del dictador se ha contado en muchas biografías, algunas de ellas excelentes¹. Sin embargo, lo que no se ha explicado demasiado es qué significó Franco para los españoles que vivieron su dictadura, o para los de hoy. Aquí trataremos esta cuestión. Este libro estudia la evolución de la imagen pública del Caudillo tal y como la percibieron los españoles de su tiempo: los que le admiraron y apoyaron, los que le detestaron, y también aquellos que no tuvieron más remedio que acomodarse a la realidad, independientemente de sus sentimientos. Dicho de otra manera, este li-

bro analiza qué se dijo de Franco, cuándo y por quién. También estudia cómo cambió el mensaje y cómo el contexto histórico afectó a la percepción que los españoles de a pie tenían del hombre que les gobernaba.

Para la inmensa mayoría de los españoles, y desde luego para el resto del mundo, el nombre de Franco se hizo prominente en julio de 1936. Desde entonces hasta hoy, aun cuando su memoria ya se desdibuja entre las generaciones más jóvenes, ha sido imposible hablar de la historia de España en el siglo xx sin referirse a él. Para entender el significado histórico de Franco hay que partir de un presupuesto tan obvio como, a menudo, olvidado: que la España y la Europa de los años treinta eran muy distintas de lo que son hoy. El fascismo estaba entonces en auge, y sus éxitos, reales o supuestos, en Italia o Alemania, para muchos significaba que esta forma de gobierno era el futuro. Por el contrario, las democracias parecían débiles, incapaces de hacer frente a la gran crisis económica desatada en 1929 y a la creciente polarización social y política de la Europa de entreguerras. Esta realidad, y las percepciones y expectativas que creó, cambiaron de forma radical en 1945 en la mayor parte de Europa occidental. No en España, donde la dictadura sobrevivió a la derrota del Eje. Como muestra este libro, la contradicción entre la Europa democrática y la España del Caudillo representó en muchos aspectos un recuerdo para los propios europeos de los esqueletos políticos que sus sociedades ocultaban en sus armarios². Tanto las críticas como las complacencias exteriores hacia la España franquista estaban influenciadas por el oscuro pasado del continente; y lo mismo se podía decir de Estados Unidos.

Franco fue una presencia molesta para el mundo democrático, pero un asunto muy real para los españoles. A los demócratas y anti-fascistas (que nunca han sido exactamente lo mismo) de todo el mundo les podía exasperar que su dictadura no pareciese tener fin, o que les recordase las

mentiras piadosas de su propio pasado, pero lo que Franco hiciese o dijese marcaba las vidas de las gentes que él gobernaba. El dictador acumuló más poder que ningún otro gobernante en la historia moderna del país y ello a costa de un precio humano terrible. Hay quien ha comparado al Caudillo con otros tiranos del siglo pasado, como Hitler, Stalin o Mao. Esta es una comparación vana e improductiva. Por un lado, ni sus intenciones ni sus crímenes fueron de la misma escala pero, por otro lado, aquellos fueron más que suficientes como para que se le pueda considerar un asesino. No obstante, tanto la comparación como esta denominación irritan profundamente a sus admiradores, y aún parece excesiva a personas que se consideran moderadas. Como se verá en este libro, muchos españoles todavía consideran que Franco fue un héroe y muchos más piensan que, aunque duro, fue un gobernante bienintencionado que logró importantes avances para el país. ¿Cómo es posible que haya mucha gente que piense así aún hoy en España, después de casi cuatro décadas de democracia? ¿De dónde vienen estas ideas? ¿Fueron siempre así? ¿Cómo han evolucionado? ¿Por qué? Estas preguntas, y las respuestas que se les dé, tienen muchas implicaciones, morales, en primer lugar, pero también políticas e históricas tanto en España como en Europa, donde la intolerancia y los movimientos ultra-derechistas han cosechado notables avances en los últimos años.

Para explorar estas cuestiones, esta biografía se aparta de los cánones clásicos del género. La mayoría de las narrativas de vida comparten un elemento común: incluyen un momento o motivo —a veces varios— que justifican por qué la vida de un determinado individuo merece ser contada. Esto es, por qué el individuo es importante para el lector. Este planteamiento, que parece inocuo, ya acarrea riesgos. El primero es estudiar la vida de una persona hasta ese momento decisivo que la hace importante como resultado del destino. Hete aquí el gran hombre y, con menos

frecuencia, la gran mujer a quien ya desde pequeño se le veía venir, o, peor aún, tenía que venir. La alternativa a esta forma de ver el pasado (y el presente) es escribir una biografía que siga las realidades, opciones, ideas, acciones e imágenes del personaje en cuestión tal y como él o ella y sus contemporáneos las vivieron y expresaron; y luego explicar cómo esos factores han sido narrados, reinterpretados y recordados posteriormente. Este es el camino que se ha intentado seguir en este libro, que interpreta la vida de Franco desde la perspectiva de la historia social y cultural; lo que los historiadores llamamos Nueva Historia Cultural.

Las narrativas históricas, esto es, las interpretaciones del pasado, están en continua evolución (por eso los libros de historia envejecen tan rápido). Lo mismo pasa con las figuras históricas. Las vidas se viven solo una vez, pero pueden ser contadas de formas muy distintas infinitas veces. Estas reinterpretaciones se producen porque se descubren significados y papeles nuevos en los personajes históricos, que a veces incluso dejan de ser importantes y son reemplazados por figuras hasta entonces poco valoradas o prácticamente desconocidas. Esto presenta tanto una oportunidad como un reto para los historiadores. Revisar el pasado y decidir quién es importante forma parte de un proceso más amplio en el que decidimos quiénes somos y qué sociedad queremos. Sin embargo, hay un elemento nuevo en esta forma de hacer historia que se ha venido abriendo paso en los últimos años. Frente al historiador tradicional que se esconde detrás de una supuesta objetividad y del rigor, está apareciendo el historiador que, sin renunciar ni a la una ni a lo otro, reconoce su vinculación con el contexto sociocultural que analiza. La influencia de la crítica de las literaturas posmodernas (feminista y poscolonial, entre otras) ha hecho que algunos historiadores hagan explícito en sus libros sus orígenes personales, ideas previas e intereses. Por ello considero honesto explicar brevemente mi relación con Francisco Franco.

No tengo la menor simpatía hacia Franco. Estoy convencido de que fue un hombre cruel, egoísta y un tirano que hizo mucho daño a millones de personas y al país. Sin embargo, no siempre pensé igual. Yo soy un profesor de historia de Europa en Canadá, un socialdemócrata que nunca ha militado en un partido político o ejercido cargo público, y que cree que hay que vigilar al poder político y al económico, lo tenga quien lo tenga, porque tienden a corromperse y a corromper. Nací en 1963 en Almería, en el barrio medio obrero y medio marginal de La Chanca, donde residí hasta marchar a la universidad. Soy un producto del sistema público de educación tardo y posfranquista. Mis padres pasaron hambre en la posguerra y algunos de mis familiares fueron represaliados por el régimen. Uno de ellos fue ejecutado. Sin embargo, cuando Franco murió me sentí muy triste, a pesar de que no hubo escuela aquella mañana del 20 de noviembre de 1975. La tristeza de aquel niño de doce años era compartida en ese momento por millones de españoles, que creían que el hombre que acababa de fallecer había sido la mejor solución posible para un país difícil de gobernar. Eso decían en la escuela, en la prensa, en la tele, etc.; pero yo pensaba así no tanto por lo que la propaganda dijese como por la existencia de una memoria histórica sesgada y una percepción de la realidad que coincidía con, y se reforzaba por, el adoctrinamiento oficial.

En 1975, quizás la mayoría de los españoles pensábamos que Franco había preservado la paz en un país abrasado por el pasado. Nos sentíamos satisfechos del progreso de los últimos años que achacábamos a la dedicación abnegada del anciano dirigente. No es que se hubiese olvidado la miseria de los años cuarenta y cincuenta, es que se la atribuía principalmente a la guerra y a factores ajenos a su voluntad. Esto no quiere decir que dejásemos de ser conscientes de la incompetencia, arbitrariedad y corrupción de las autoridades, pero queríamos creer que el Caudillo no sabía nada de lo que estas hacían y que, de saberlo, les

pondría fin de inmediato. Nuestro principal valor político era el de preservar la paz, rechazando cualquier tipo de violencia, tanto de la oposición como del régimen; y esto, aunque no lo sabíamos entonces, sería crucial para que la transición a la democracia fuese un éxito³. Porque, además, nuestros valores, como nuestras vidas, estaban evolucionando. Como he explicado en detalle en otro lugar, en los años que precedieron a la muerte del dictador, los españoles habíamos adoptado cada vez más las ideas y el lenguaje de libertad y de igualdad⁴. Este proceso se aceleró tras 1975. En esa toma de conciencia colectiva fue crucial el mayor nivel educativo de los jóvenes que, a menudo, se convirtieron en maestros políticos de sus padres quienes, a su vez, comenzaron a hablar y a reelaborar su memoria histórica alentados por los cambios que se producían. Por ejemplo, en apenas dos años, mi familia «descubrió» que siempre había sido socialista (los abuelos lo habían sido) al tiempo que nuestra opinión del dictador cambiaba de forma radical.

Después de casi veinticinco años de estudiar la dictadura, estoy convencido de que Franco no fue un individuo con especiales dotes intelectuales o espirituales, sino un oportunista sin escrúpulos que albergaba profundos prejuicios. Su ascensión política y ejercicio del gobierno se convirtieron en una tragedia para el país. Sin embargo, sería ingenuo o autocompasivo pensar que se mantuvo en el poder casi cuarenta años solo por la fuerza o el engaño. Para entender cómo pudo este hombre regir los destinos del país tanto tiempo y ser amado o respetado en determinados períodos por sus súbditos, tenemos que entender cómo y por qué percibió la gente su realidad y cómo esta percepción evolucionó en el tiempo. Pero tampoco hay que dejarse llevar fácilmente por la idea del apoyo popular hasta el punto de olvidar la represión que el régimen desató y el miedo que esta generó. Desde la Guerra Civil, los

españoles no tuvieron más opción que asentir al poder de Franco o enfrentarse a las consecuencias de no hacerlo. Como tampoco se puede olvidar que, para millones de españoles, el Caudillo fue su héroe: el hombre que les guio en una guerra larga y dura, que preservó sus intereses económicos o espirituales o cuyas políticas les beneficiaron aun cuando condenaron a millones de españoles a sufrir muerte, opresión y miseria. A quienes les fue bien quizás les pareció que el precio que pagaban los otros era escaso, y hasta benévolo. Su situación era bien distinta de la de las familias de los cerca de 150.000 fusilados y de la de los cientos de miles juzgados y encarcelados que fueron maltratados, humillados, violados, robados, marginados, exiliados..., en suma, de aquellos que se convirtieron en las víctimas de la dictadura.

El grado exacto de apoyo o rechazo, y las actitudes intermedias, hacia Franco de los españoles en tiempos de la dictadura será siempre un tema contencioso. La razón es simple: en las dictaduras no hay opinión pública. ¿Quién se atreve a decir lo que de verdad piensa bajo un régimen despótico? Nadie, obviamente, confiaría en que la persona que le pide opinión no fuese un policía o un informante. En vez de opinión pública, los historiadores de las dictaduras hablamos de opinión popular, esto es, la estimación por medios deductivos e indirectos de lo que, con probabilidad, la gente pensaba. Muchos historiadores creen que la popularidad de Franco se cimentó en los quince años finales de su régimen gracias al desarrollo económico. Otros pensamos que el apoyo mayoritario al dictador —y, en menor medida, a la dictadura— era evidente en la segunda mitad de los años cuarenta, a pesar de la miseria profunda que existía en España⁵.

No cabe duda de que la propaganda del régimen fue efectiva a la hora de promover la popularidad del Caudillo; pero no solo porque consiguió lavar el cerebro de los españoles, sino, fundamentalmente, porque lo que la propagan-

da decía de él coincidía en buena medida con lo que mucha gente quería o necesitaba creer. La propaganda que contradice las expectativas de sus destinatarios puede ser contraproducente para un gobernante. En este sentido, este libro muestra (véase el capítulo 3) cómo se desarrolló entre los españoles la creencia de que Franco podía estar mal aconsejado, o rodeado de indeseables, pero era un hombre con buenas intenciones. Esta convicción es explicable por dos razones: la falta de información libre, y las condiciones extremas y sentimientos creados por la guerra y los durísimos años que le siguieron. La gente necesitaba tener fe, y la única fe viable, aparte de la religiosa, era la depositada en el Caudillo.

En junio de 1977, menos de dos años después de la muerte del dictador, España tuvo sus primeras elecciones democráticas desde febrero de 1936. A diferencia de la vez previa, la democracia echó ahora raíces profundas y sólidas. Este proceso implicó una reevaluación colectiva de la memoria de Franco. La uniformidad oficial del pasado se transformó en diversidad de opiniones, muchas de las cuales preservaron los mitos del franquismo. En 1994, cuando el PSOE ya llevaba doce años en el poder, una encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas revelaba que el 52,6% de los españoles tenían una imagen negativa de Franco mientras que el 27,8% tenía una imagen positiva. Además, un 24,4% le consideraba uno de los mejores gobernantes españoles del siglo xx. Un 58,1% disentía de esta opinión. La supervivencia de la imagen, del mito, de Franco como hombre de paz era evidente entre muchos ciudadanos que en otros aspectos tenían una consideración negativa del dictador. Así, el 47,4% decía que Franco había asegurado la paz en España, mientras que el 38,1% se mostraba en desacuerdo con esta opinión. La idea del Franco modernizador de España era apoyada por el 27,1% y rechazada por el 52,3%. Por otra parte, un 30,5% estaba de acuerdo con la idea de que había salvado al país del comunismo,

contra un 43,4% que rechazaba esta idea. Por último, un 30,5% le consideraba «un hombre con buenas intenciones» que ignoraba lo que pudieran hacer sus colaboradores, frente a un 41% que estaba en desacuerdo. Significativamente, a pesar de la valoración positiva minoritaria, pero en ningún modo desdeñable, de la figura de Franco, solo un 15,9% de los españoles pensaba que el país estaría peor si, en vez de haber tenido una dictadura, hubiese sido siempre una democracia. En suma, estos datos revelaban no solo la pervivencia de algunos de los mitos generados por la dictadura, sino también que la valoración histórica de la figura de Franco y su legado seguía rodeada de importantes ambigüedades⁶.

Detrás de la pervivencia de ambigüedades en torno a la memoria del Caudillo hay razones históricas que explican que no solo sean las personas de ideología ultraderechista o muy conservadora las que creen que aquel hizo posible la paz y el progreso. Quizás ninguna razón sea tan poderosa como el que se le atribuya el espectacular desarrollo de la economía española entre 1961 y 1974, cuando, por primera vez desde la guerra, la vida diaria mejoró al mismo tiempo para la inmensa mayoría de la población. En ese período, el producto interior bruto del país creció a un ritmo solo superado por Japón, y los españoles descubrieron los placeres del consumismo en forma de frigoríficos, televisores, teléfonos, motos, el ansiado coche, etc. En esos años, por primera vez, las familias de clase media y hasta obreras enviaron a sus hijos a la universidad. Fue un tiempo de canciones felices y modas atrevidas, especialmente entre los jóvenes que, con razón, se sentían mucho mejor en términos materiales que sus padres y, esto ya no era tan cierto, liberados de los miedos y rencores del pasado. Quizás no hubo un lugar donde el cambio material y cultural fuese más evidente que en las playas. Allí los españoles fueron, también por primera vez, de vacaciones a gastar el dinero que les quedaba después de cubrir sus necesidades básicas. Allí millo-